ABC 26 noviembre 1955 (51)

El Dr. Gayelord Hausen (x), en una fiesta organizada en su honor, durante su estancia en Madrid. (Foto Portillo.)

ELOGIO A LA VEJEZ

POR una vez, en el "buffet" del amplio salón, lleno ya de curiosos invitados, no se aglomeran croquetas, longanizas, anchoas y golosinas. Por una vez las copas que ofrecen profusamente los camareros no contienen esas bebidas de cuya mezcla ha hecho Perico Chicote un arte. Se trata de zumos no ya inofensivos, sino eficaces, beneficiosos, salutíferos.

Sobre el blanco mantel se amontonan decorativamente lombardas, escarolas y otras legumbres, tarritos repletos de melaza, yogourt, azúcar morena, todo, en fin, lo que recomienda el doctor Gayelord Hauser, preconizador de una moderna dietética como sistema indicado para adelgazar y embellecer, para conservarse nada menos que sano y joven

Todos miramos con curiosidad al doctor Hauser, que tiene una apariencia realmente juvenil, el aspecto de un vigoroso galán de "cine" empezando a madurar. Y la afirmación increíble corre de boca en boca en tono confidencial; se difunde y comenta:

—Tiene sesenta y cinco años...

Las miradas se fijan alternativamente en este dispensador del "divino tesoro", autor de un libro famoso titulado "Sed jóvenes, permaneced jóvenes", y en los brebajes clorofílicos, en el germen de trigo, en ese yogourt que a duras penas nos decidimos a tragar por prescripción facultativa.

Los invitados se muestran en guardia, a la defensiva, como temerosos de dejarse convencer. Existen numerosos españoles capaces de renunciar sin vacilación a la juventud eterna si para conseguirla no han de volver a probar jamás una buena chuleta con patatas y un vaso de tinto. Menudean los chistes, las frases ingeniosas.

Una señora pregunta a Joaquín Calvo-Sotelo si cree cierta la avanzada edad que se atribuye al doctor Hauser.

—No, señora. Debe tener unos veinticuatro años, pero se encuentra tan estropeado por el régimen, que declara muchos más.

Una bellísima gaditana, de impecable cutis, afirma rebelde:

—Pues yo seguiré tomando mis copitas de jerez... aunque me encuentren ustedes muy arrugadita.

Luis Antonio de Vega asegura que se siente muy mareado después de beber un jugo de lechuga.

—La falta de costumbre...

Pero el chiste a flor de labio no deja de encubrir muchas veces honda preocupación. Los temas eternos, trascendentales—y éste es uno de ellos—, no pueden dejar indiferente al ser humano. En el fondo, muy en el fondo de aquellas personas reunidas en torno a Hauser, se insinúa una inconfesable esperanza, oponiéndose tímidamente al eterno terror de envejecer.

—La juventud... Si fuera verdad...

La ilusión arraiga en el más escéptico, en el más tibio. Tampoco creemos ya en la virtud de esas lociones que proporcionan "una cabellera sana y lustrosa" y, sin embargo, cierto asomo de esperanza renace ante el anuncio de un nuevo e infalible remedio contra la calvicie. Son muchos los que prueban...

Ser joven no tiene importancia, al menos para sí mismo. Nadie sabe apreciar su propia juventud. Pero... ¡volver a ser joven! Recuperar el bien perdido cuando los amigos—en el mejor de los casos—nos dicen "Estás muy joven", que es una manera cortés de recordar que ya no lo somos... Volver a ser joven, es decir: ser joven conscientemente...

En verdad, la promesa del doctor Hauser es tentadora. Suponemos que al llevar a cabo el sacrificio de seguir sus preceptos, y a fuerza de privaciones, levaduras, melazas y rábanos, conseguiremos algo más que una apariencia juvenil, que no habría desacuerdo alguno entre el aspecto y el espíritu de los rejuvenecidos. ¿No faltaría a éstos el entusiasmó, la curiosidad, el aturdimiento de la verdadera juventud? Eso de "si vieillesse pouvait, si jeunesse savait" ("Si la vejez pudiera, si la juventud supiera") no acaba de convencernos. La juventud es maravillosa porque no sabe. De poco serviría una apariencia atractiva, un aire de mocedad junto a la experiencia, que se traduce en equilibrio y sensatez, en cansancio, desengaño y hastío. ¡Un alma de setenta años dentro de un cuerpo juvenil! Eso no significaría ser joven, sino más bien convertirse en un fenómeno.

¿Ha medido bien el doctor Hauser las consecuencias que pudiera tener, al generalizarse, el feliz resultado de sus sistema? ¿Ha previsto el trastorno que causaría a este mundo, ya tan complicado, el secreto de rejuvenecer? El hombre que ha sentado la cabeza volvería hacer calaveradas. La frívola señora a quien llegó "la hora de la formalidad" se disiparía de nuevo. Ya nadie hablaría de "su tiempo". No habría abuelas respetables. ¿Qué gracia tendría la juventud sin el contraste de la ancianidad? Con ella perdería el mundo uno de sus valores positivos y también uno de sus encantos. Perdería uno de sus elementos necesarios, pues un ser sin vejez sería tan incompleto como sin infancia.

No existiría el sosiego que traen poco a poco los años, la serenidad de que se goza en una edad exenta ya de pasiones tumultuosas, ni ese puerto al que arriba, después de larga y a veces borrascosa travesía, para descansar y recordar...

Agustín de FIGUEROA
Marqués de Santo Floro